



Reportaje



La desigualdad de género entre gitanos es aún más evidente que entre 'payos', pero algunas mujeres están plantando cara a la tradición sin renunciar a sus orígenes. Y hoy tienen una vida propia.

La nueva mujer gitana

texto & fotos - José Antonio Delamadrid



Vanesa, como tantas otras mujeres gitanas, ha luchado por dirigir ella misma su vida, y ha cumplido su sueño desde que era niña: ser torera.

La comunidad gitana cuenta con un gran sentimiento de raza y cultural, en el que adquieren un valor incalculable costumbres ancestrales, profundamente arraigadas en cada individuo. En España, este colectivo se encuentra inmerso en un proceso de cambio cuyas protagonistas son las mujeres, como se ha podido ver en las XVI Jornadas Estatales de Mujeres Gitanas organizadas el mes pasado por la Fundación Secretariado Gitano. Ellas están apostando por adquirir nuevos roles alejados de los estereotipos, lo cual les está costando no pocos conflictos culturales y generacionales. Y es que, tradicionalmente, la mujer gitana que quería contribuir al sustento familiar apenas disponía de opciones más allá de la venta ambulante. **Pero las jóvenes están perdiendo el miedo a la fuerza de la tradición** y van entendiendo que ser gitana hoy también exige ser una mujer actual sin tener que renunciar a la propia identidad cultural. Los casos de mujeres de esta etnia que llegan a alcanzar el éxito son un referente dentro y fuera de la comunidad gitana.

Vanesa, torera de raza

Esta trianera ha encontrado su lugar en el mundo de la tauromaquia. No lo tuvo fácil para lograr su sueño, a pesar de pertenecer a una estirpe torera. Su propia familia estaba en contra de lo que ella quería desde pequeña. La falta de apoyo, junto a la prohibición de hablar de toros y de torear, hicieron que esta joven gitana se viera en la necesidad de engañar a sus padres para poder ingresar en la escuela taurina de Sevilla. Fingió que lo suyo era el periodismo (y más concretamente la crítica taurina) y que para ejercerla necesitaba conocer el mundo del toro por dentro.

“Muchas mañanas, en vez de ir al colegio, me iba a ver cómo entrenaban los toreros. También les pedía el favor de que me prestaran los trastos, así podía dar mulletazos al aire y soñar con hacer lo mismo algún día en una plaza”, recuerda Vanesa Montoya. Lo que entonces no sabía es que ese sueño se haría realidad y que pisaría grandes plazas, como la de México y la Maestranza de Sevilla. **“Las llevo en mi corazón porque pude sentir el toreo y escuchar esos ‘olé’s’ infinitos que tanto soñé”,** confiesa.

El toreo es una profesión llena de dificultades, pero aún se necesita de más esfuerzo si se es mujer y, además, gitana. Por eso Vanesa es todo un ejemplo de superación personal y profesional: hoy es una de las grandes en un mundo de hombres. Ya ha sobrepasado el centenar de festejos en un arte donde siempre están presentes el peligro y el dolor. En su cuerpo lleva las marcas de seis cornadas, y está orgullosa de haberlas superado y de mantener viva su ilusión.

“En esos momentos cuenta la experiencia, las ganas de torear y el expresar lo que llevo dentro. El toreo es mi felicidad, lo que me hace cada día poder sentirme realizada y con ganas de vivir. Espero que Dios me dé suerte y que el próximo año recoja lo que llevo cosechando desde que decidí ser torera. Tengo un corazón grande, fe en mí misma y me sobra ambición”, relata Vanesa.

Ella, que tanto ha logrado en su profesión, es un poco crítica con la situación de la mujer en su etnia: **“Las cosas están cambiando un poco, sí, pero muy lentamente. Yo, personalmente, creo que nunca veré la equiparación entre hombres y mujeres de etnia gitana, debido a la cultura, costumbres y educación que muchas familias de esta raza tienen arraigadas (aunque éste no es mi caso). Pero, ¿quién sabe? Las cosas más grandes suelen tener un comienzo muy pequeño”.**

Vanesa Montoya

TORERA

Proviene de una gran estirpe taurina: el torero Francisco Vega de los Reyes, conocido como Gitanillo de Triana, y Joaquín Rodríguez Ortega, Cagancho, un gran matador de toros cuyo estilo le convirtió en un personaje de leyenda. Ambos eran españoles de etnia gitana.

Reportaje

Antonia Vargas

DIRECTORA COMERCIAL

Se ve a sí misma como una mujer actual e intenta cada día trabajar a nivel íntimo para convertirse en mejor persona. Sus raíces no le han ocasionado problemas a la hora de convertirse en una mujer con futuro, algo fuera de lo común dentro de la su etnia.

SUS PADRES PENSABAN
QUE LA FORMACIÓN
ERA IMPORTANTE

Antonia empezó a trabajar a los 39 años

Junto al río Guadalquivir, en la provincia de Sevilla, se encuentra Camas, un pueblo que fue antigua alquería árabe, y en el que nació Antonia Vargas. Esta localidad sevillana esconde otros encantos y secretos: es cuna tradicional de toreros. Por esta razón, no es de extrañar que parte de la familia de Antonia pertenezca a ese mundo: un tío picador, un primo hermano novillero, otro tío matador de toros y un sobrino torero.

Sin embargo, lo más significativo de esta historia se resume en tres palabras: 'gitana' y 'directora comercial'. Curiosamente, quienes más la han influido para convertirse en una mujer de futuro han sido sus propios padres. Primos terceros entre ellos y ambos gitanos, Nicolás y Pastora Vargas inculcaron a su hija desde pequeña unos valores muy importantes que a lo largo de los años han dado sus frutos. Expresiones como "ser gitana es una bendición y un orgullo" son las que sus padres le

repetían. También le advirtieron de que se encontraría con personas de espíritu pobre y sin capacidad de ver más allá de estereotipos y prejuicios. Junto a esta educación, destaca el hecho de que Antonia sí pudo estudiar gracias a que sus progenitores consideraban que la formación era muy importante para todos (incluidas mujeres). Así, su hermana pequeña y ella estudiaron secretariado y su hermana mayor, enfermería. A los veinticuatro años, Antonia contrajo matrimonio. Su marido trabajaba en la banca y, junto con sus dos hijos, tuvieron que trasladarse de una localidad a otra.

Por eso Antonia no empezó a trabajar hasta los treinta y nueve años, cuando se asentaron en Sevilla. Sus comienzos

fueron como comercial en una empresa en la que desarrollaba un trabajo temporal y en la que permaneció cinco años. Después, llamó la atención de otra empresa de la que es directora comercial en la actualidad.

La fuerza caracteriza a Antonia Vargas en lo profesional, pero también en lo personal. Fuerza que se manifiesta con claridad cuando en un sincero ejercicio de autocrítica afirma: "Las gitanas tenemos cierta responsabilidad en que las cosas cambien tan poco", y que ella atribuye al miedo -que también comparten los gitanos varones- "a perder la esencia de nuestra raza si se evoluciona. Luego están cosas como que es más fácil quedarse donde una está y no moverse, porque eso implica siempre conflicto y lucha". Sin embargo, Antonia no es pesimista, ni mucho menos: "La mujer gitana sí está cambiando, aunque todavía no lo haya hecho lo suficiente. Hay que pensar que todo proceso requiere tiempo".





Pastora Filigrana

ABOGADA

Nació en Triana, un conocido barrio de Sevilla y el lugar de asentamiento gitano más importante de la capital hispalense. Tiene un bufete de abogados, Jarsia, que se dedica a defender los derechos de los gitanos y de personas sin recursos.

HA ROTO EL ARCAICO
PATRÓN DE: 'UNA GITANA
NO PISA LA UNIVERSIDAD'

Pastora y los derechos humanos

Seria y justiciera, Pastora Filigrana se independizó a los veintiséis años, tras terminar sus estudios universitarios de Derecho en Sevilla. Triana, uno de los barrios sevillanos más conocidos, es el lugar de asentamiento gitano más importante de la ciudad; y aquí es donde nació Pastora. De padre gitano y madre paya, apelativo que utilizan los gitanos para denominar a todo aquel que no es de su etnia, Pastora es una de las privilegiadas de su comunidad. Desde el primer momento, su familia la apoyó en su decisión de cumplir un sueño: estudiar la carrera de Derecho. Fruto de esa ilusión y de su esfuerzo, ha conseguido ser una abogada que a sus 31 años se dedica a defender a otros gitanos y a personas sin recursos.

Jarsia es el nombre de su bufete de abogados. Su significado: justicia en caló o romaní ibérico, una variante del romaní. Esta lengua se habla fundamentalmente en España, aunque también, en menor medida, en países tan diferentes como Francia, Portugal y Brasil.

Su especialidad en Derechos Humanos y la circunstancia de que aborde casos de carácter social le proporcionan una especial forma de relacionarse con los demás: más humana, comprometida y de mayor implicación con el prójimo, al que intenta ayudar. Aun así, no ha dudado en posar para la cámara con otro semblante más agresivo y provocador, porque en su trabajo, del cual depende el mejor o peor futuro de los ciudadanos que confían en ella, son fundamentales la empatía y la comprensión, pero también la fuerza y coraje.

En su despacho se muestra como una persona fuerte y decidida. Los juzgados, los despachos, los ordenadores, los libros, las ponencias y el ritmo de trabajo a contrarreloj marcan su vida. Sin embargo, Pastora sabe cómo conectar con

su lado más natural, y especialmente con las mujeres de su etnia, hacia las que se encuentra especialmente sensibilizada. En ningún momento deja de lado su orgullo por poseer su licenciatura en Derecho y por haber tenido la posibilidad de romper con el patrón arcaico de que las mujeres gitanas no pisan nunca la universidad. "Una gitana, una carrera universitaria, es el eslogan que debería marcar la evolución del género femenino en el colectivo gitano", afirma. Porque, aunque sus raíces estén fuertemente arraigadas, ni ésta ni cualquier otra etnia puede vivir aislada del conjunto de la sociedad. Tiene que avanzar con ella. Como lo han hecho Vanesa, Antonia y Pastora. Y como lo están haciendo ya otras miles de gitanas en nuestro país. ■

